

Políticas culturales en México

FEDERICO REYES HEROLES

Conferencia pronunciada en la Asociación de Egresados de la Universidad de los Andes (UNIANDINOS), Bogotá, Colombia, 28 de febrero de 2008.

Comencemos por las preguntas básicas, ineludibles del tema. ¿Puede fomentarse la cultura? De ser así, ¿es una acción que viene de arriba para abajo o de abajo para arriba? ¿Puede dirigirse una cultura nacional? ¿No estaríamos reproduciendo una vieja idea fascistoide? Si la cultura es algo vivo, que se nutre todos los días, ¿por qué del miedo a su debilitamiento y probable desaparición? ¿Puede desaparecer la cultura? ¿Es conveniente fortalecer la identidad nacional, o quizás esa identidad es una entelequia manejada a favor de los nacionalismos más ramplones? Recordemos que, a decir de Eric Hobsbawm, todo nacionalismo es una enfermedad. A decir de Albert Einstein, es el sarampión de las naciones.

Vamos paso por paso: las culturas nacionales son un gran invento que fortaleció al Estado moderno. Sin embargo, el propio siglo xx y lo que llevamos del xxi, Kosovo el caso más reciente, nos muestra la fragilidad de este invento. Iniciamos el siglo xx con la existencia de alrededor de 60 Estados-naciones, enormes, imperiales, y terminamos ese siglo con 193. Hubo años en la penúltima década del siglo pasado en que se crearon más de tres Estados, en promedio, al año. La mayor parte de estas subdivisiones fueron producto de demandas de tipo cultural, étnico, religioso o todo junto. El problema es que se tienen detectadas más de cinco mil diferentes etnias que reivindican una diferencia frente a las otras. Resulta imprudente pensar que el orbe llegará a tener cinco mil Estados-nación para atender precisamente a esa petición, esa demanda de diferencia. Pareciera, entonces, que tendremos que afrontar el hecho de que un mismo Estado-nación tendrá que absorber a varias etnias, varias culturas.

Hay otro fenómeno lateral. De las cien principales economías del mundo más de cincuenta son ya empresas, y Wal Mart, BP, Exxon-Mob., son economías más potentes que Turquía, Austria, Indonesia, Arabia Saudita, Noruega, Polonia o Dinamarca; Ge-

neral Motors, está por encima de Grecia o Daimler Chrysler, Toyota o Ford tienen más poder económico que Finlandia, Sudáfrica, Tailandia o Irán.

Es decir, mientras, por un lado, el Estado-nación se subdivide, por el otro, las grandes fusiones trasladan el poder a los corporativos. Por supuesto esto plantea un problema de lealtades. Lo que antes parecía incuestionable, que los ciudadanos fuesen leales al Estado-nación que los vio nacer, crecer, adquirir costumbres y procrear descendencia, hoy no resulta tan claro.

Existen nuevas generaciones de ciudadanos, producto de la globalización, que nacen en un área del orbe y son enviados a trabajar, a criar a sus familias en otra latitud totalmente distinta a la de su origen. Pero ahí no termina la complejidad, porque frecuentemente su lealtad está con la empresa a la que deben el empleo y de la que esperan una jubilación.

Queda en el aire la pregunta tan común de ¿cuál es el significado de una cultura fuerte? Muchos antropólogos de nuestras naciones, que conservan una visión muy estática de la cultura, quisieran que las tradiciones, las costumbres, no fueran afectadas por la modernidad, es decir que el hoy y el mañana garantizaran lo que fuimos ayer. En mi país existe una corriente de pensamiento que ve amenazas permanentes a lo que consideran expresiones de nuestras culturas originales, las que están en nuestro pasado remoto. Ustedes comprenderán que en un país de más de 105 millones de habitantes, de los cuales casi un 80% vive en ciudades y 95% tiene energía eléctrica, un país con decenas de millones de televisores encendidos todos los días, conectado por la radio, con una población cuyo 55% tiene menos de 25 años, las ideas preservacionistas aluden a pequeñísimos grupos que tienden a disminuir progresivamente.

La encrucijada es dolorosa pero no deja muchas salidas. Las poblaciones indígenas de mi país son hoy menos de 10% de la población y aunque en

números absolutos hablamos de un grupo humano muy importante, en números relativos queda clara la dolorosa disminución de los mismos. Frente a esos grupos indígenas, que son los más pobres de los pobres de mi país, las decenas de millones de personas de las clases medias occidentalizadas llevan en ellas algo de traición.

Hay en el ánimo preservacionista dos contenidos que debemos analizar críticamente. El primero tiene que ver con la idea mítica de un pasado glorioso que fue alterado por la conquista. En esta lectura se pierde de vista que, como en todas las culturas, en las prehispánicas hubo momentos de esplendor y momentos de oscuridad.

En la ciudad de Puebla, a una hora de la ciudad de México, se encuentra un museo con un cronograma que resulta devastador para esta mitología. Así, mientras los logros de la cultura olmeca, de la cultura maya nos remiten a aportaciones sin duda universales que se dieron miles de años antes de Cristo, conforme avanza el tiempo el asunto resulta cada vez más doloroso. La comparación entre lo que ocurría en el resto del mundo y la evolución de las culturas aborígenes de mi país termina en una incómoda confrontación entre la Venecia del siglo XVI con todas sus aportaciones lingüísticas, filosóficas, de relaciones humanas, arquitectónicas, es decir entre el Renacimiento en pleno y la decadencia de la gran Tenochtitlan. Éste es el primer asunto molesto que tenemos que afrontar. Si de verdad queremos cuidar nuestros orígenes culturales tendremos que asumir también una lectura crítica de lo que no tenían, de sus carencias que lentamente han sido suplementadas.

Expongo un caso muy concreto. En ciertas zonas de mi país, sobre todo en el estado de Oaxaca, existe la tradición de que las comunidades voten a mano alzada. En esos procesos, por la simple presión gestual de los hombres fuertes y caciques que controlan a las comunidades, las elecciones son una forma de enmascarar los mecanismos reales de control. Cuando se ha establecido el voto secreto el panorama cambia radicalmente: las mujeres llegan al poder, se desplaza a los favorecidos por los caciques y, en fin, las comunidades expresan sus inconformidades apoyadas en las urnas. La secrecía es uno de los grandes inventos de occidente que vino a enriquecer la civilidad de nuestras naciones. Sin embargo, sigue habiendo defensores

del voto comunitario a mano alzada; sobra decir que ahí donde se ha vuelto a instaurar las mujeres han desaparecido del mapa político y la endogamia política es incontrolable.

El primer gran obstáculo para una lectura serena de nuestras culturas implica dejar detrás el mito de un pasado siempre esplendoroso. El segundo gran obstáculo es romper con la idea de culturas que sólo sobreviven en un invernadero.

Hace quince años cuando en México se discutía la firma del Tratado de Libre Comercio con América del Norte, del cual fui defensor, había una corriente de opinión que aseguraba que México sería arrasado culturalmente, que desaparecerían nuestras costumbres en todas sus vertientes, desde la forma como nos vestimos hasta lo que comemos, que desaparecerían los tacos y que sólo comeríamos hamburguesas. Catorce años después sabemos que hay espacio para todo: para la comida japonesa, para la comida rápida norteamericana, para la comida china y por supuesto para nuestras propias aportaciones culinarias. Pero detrás de esa concepción que quiere mantener a las culturas en invernadero se esconden dos principios perversos y contradictorios.

La contradicción radica en que si una cultura es fuerte no debería de preocuparse por la confrontación con otros mundos, con otras lecturas de la vida. De hecho, cuando miramos las aportaciones culturales de nuestros compatriotas que trabajan en la que todavía es primera potencia del mundo, Estados Unidos, nos damos cuenta de los fantásticos productos de la confrontación cultural. El arte, el cine y la literatura chicanos y la comida tex-mex son sólo algunas de las expresiones de esta sana confrontación. Recientemente fui a dar una conferencia a San Antonio, Texas, y me fue difícil encontrar restaurantes que en su menú no ofrecieran alguna fórmula con contenido mexicano. Carlos Fuentes lleva años señalando la fuerza inaudita del fenómeno, de la emergencia de una tercera nación al norte de México y sur de Estados Unidos, una nación que en poco se parece al resto.

Regreso a la contradicción en el principio de los conservacionistas. Si nuestras culturas son tan fuertes como decimos, por qué estamos tan preocupados de sacarlas del invernadero. Una de dos, si son fuertes en verdad podrán salir vencedoras de la confrontación. Si son débiles deberán absorber las

aportaciones de otras naciones, de otras culturas. Pero, quizás, el punto más delicado de esta actitud conservacionista y miedosa radica en la búsqueda de una identidad original, primigenia, pura. Cada 12 de octubre algunos grupos, muy poco significativos desde el punto de vista numérico, me refiero a decenas de personas, se reúnen alrededor de la estatua a Cristóbal Colón que hay en la capital de mi país para expresar su repudio a ese maligno ser humano. La perversión surge en esa endeble pero muy peligrosa frontera de la pureza. ¿Cuáles son los mexicanos puros?

Huelga decir que yo, como nieto de español, no entraría en esa categoría, tampoco mi compañera de vida por ser de ascendencia alemana en tercera generación. La pureza es un asunto que envenena a las naciones. En la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la principal institución de educación e investigación en mi país y de la cual soy orgulloso egresado, hasta hace muy pocos años, se impedía a los académicos que no eran nacidos en México acceder a puestos directivos. Sobra decir que la UNAM ha sido el continente en el cual migrantes de muy diversos orígenes y religiones –judíos, españoles, armenios, libaneses y, por supuesto, sudamericanos–, han encontrado un espacio para su desarrollo profesional. Las aportaciones de filósofos como José Gaos, Manuel Pedroso, Ramón Xirau o de científicos como Marcos Moshinsky o José Sarukhán quien descubrió a México el concepto de biodiversidad, son puntos de referencia obligados sin los cuales no podríamos explicar la riqueza de esa institución.

Pero el asunto se vuelve más grave aún cuando vemos los grandes números que nos arrojan las encuestas de valores profundos. Allí se retrata una auténtica xenofobia que se expresa más o menos así: los mexicanos sólo aceptan a los europeos como una migración enriquecedora; el resto, centroamericanos, sudamericanos, estadounidenses, denominados “gringos”, y peor aún africanos o personas pertenecientes a países del Medio Oriente, todos ellos son rechazados por montos altísimos de la población. Estamos hablando de niveles que rondan el 80%. Así, la imagen de ese México abierto simbolizada en los brazos del ex presidente Lázaro Cárdenas recibiendo a los refugiados españoles que huían de la dictadura franquista, se quiebra frente a la realidad de un país altamente xenófobo

cuya máxima universidad tiene como lema una expresión del gran escritor mexicano José Vasconcelos, lema que, sin embargo, resulta indefendible: “Por mi raza hablará el espíritu”.

¿Se puede fomentar la cultura? Acudo al gran polígrafo mexicano Alfonso Reyes cuya basta obra es conocida en toda América Latina y quien conociera el área a profundidad en su carácter de embajador, tanto en Argentina como en Brasil. Reyes no daba mucho margen en esta discusión. Para él, cultura era lo que tenía un valor universal. Cultura son entonces los derechos ciudadanos básicos, cultura es el respeto a la legalidad, el respeto entre ciudadanos, el respeto al otro, cultura es la ciencia. Cultura son esas expresiones artísticas que sobreviven al paso del tiempo. Entiendo que la frontera es provocadora pero de eso se trata. Habría que cuestionarnos si lo que conocemos como apoyo a la cultura no es en realidad preservación del folclore o impulso a expresiones artísticas que no toleran la severidad de la confrontación.

¿Puede un Estado fomentar valores de esta índole para lograr una mejor convivencia? Sí, sería la respuesta y dentro de esos cánones universales surgirá la diversidad. La discusión en los últimos años se ha vuelto particularmente compleja. Naciones Unidas ha declarado al siglo XXI como el siglo de las migraciones. Los cauces de los grandes ríos humanos están de alguna manera ya trazados. Las migraciones van de sur a norte, de países pobres a países ricos y en el caso de África hay una diáspora en todos los sentidos geográficos provocada por la sequía, por la miseria, por el VIH-sida. Por supuesto que muchas de las naciones del norte que han deprimido su crecimiento poblacional a niveles extremos, como Italia y España, se verán en la necesidad de importar, si se me permite el término, brazos jóvenes que vayan a dar sustento a su planta productiva.

En el caso español se piensa que, para 2030, una cuarta parte de la fuerza laboral será originaria de otros países. España ha optado por impulsar la migración de ecuatorianos y colombianos a los cuales se les facilita todo el proceso legal. En alguna ocasión pregunté al embajador español en mi país cuáles eran los criterios de selección y, sin demasiados remilgos, me contestó que se trataba de poblaciones que empatarían con la religión, idioma y costumbres de España. Siempre he guardado

la duda de por qué no se seleccionó a otras naciones de Latinoamérica.

De nuevo, ronda la idea de una apertura limitada, de una selección dirigida para garantizar que no haya confrontaciones como las que se presentan con los magrebíes en el sur de España o con los turcos en Alemania o con las múltiples minorías de Francia. Es en estas coordenadas que incluso autores de convicciones profundamente liberales en lo político, como Giovanni Sartori, han procedido a pronunciarse por la existencia de ciertos criterios mínimos para la aceptación de los migrantes, se les exige entonces aprender la lengua del país al que desean ingresar y aceptar el marco legal que ahí rige. Sin ir más lejos hace unos días en España se propuso una legislación muy similar.

Se trata entonces de buscar acuerdos mínimos sin los cuales los ciudadanos no podrían operar en otras naciones. Se busca esa universalidad, por lo menos en el ámbito político y civil. Tendríamos, así, que evaluar qué tan sólida es la cultura, la cultura política de nuestros países y quizá nos llevemos ahí algunas sorpresas. Por ejemplo, en mi país, 76% de la población expresa que sólo se deben de respetar algunas normas con las que uno esté de acuerdo, y alrededor de un 15% acepta que es válida la justicia por propia mano. Un tercio de la población rige su vida por la suerte y más de la mitad cree en vías esotéricas. Es decir el arraigo del Estado de derecho y de la cultura científica está todavía muy lejos.

¿Se puede fomentar la cultura? Claro que se puede fomentar la cultura. Pero debería ser esa cultura universal que prepare a nuestras naciones para el siglo XXI. Nunca he entendido por qué en la discusión de lo cultural se deja afuera a la ciencia. La ciencia es cultura. En buena medida, gracias a las aportaciones científicas es que la esperanza de vida en nuestros países se ha incrementado, que la mortalidad infantil ha disminuido, igual que la materna; es gracias a la ciencia que podemos brindar a los ciudadanos de nuestras naciones opciones para aliviar dolencias, tener mejor salud.

El asunto, que pareciera quizás un poco abstracto, se vuelve muy concreto cuando analizamos los padecimientos de las comunidades indígenas, por ejemplo, del caso mexicano. No es casual que sea en esas comunidades donde se presenten los peores índices socioeconómicos y de salud. Que en al-

gunas de ellas la esperanza de vida ronde los cincuenta años, que era la que tenía México hace medio siglo y a la cual hemos agregado 25 años más, es una verdadera vergüenza. La obligación central del Estado es el cuidado de la vida y si para ello tiene que modificar costumbres, deberá hacerlo. John Locke lo dijo: no gobierna quien no cambia costumbres.

La cultura es ciencia y el Estado debe apoyar la inversión en ciencia y tecnología y permitir, como ocurre en los países desarrollados, que el sector privado tenga alicientes para invertir en investigación. La riqueza de nuestras naciones será medida en un futuro por la capacidad que tengamos para generar conocimiento, y el conocimiento en el siglo XXI se mide en patentes. Así, por ejemplo, Estados Unidos en 2006 solicitó registrar más de 50 mil patentes, Japón 27 mil, Alemania 17 mil, Corea 6 mil. Ese mismo año, México, con el doble de población que Corea, solicitó el registro de 175 patentes. Toda América Latina no llega a 500 patentes, es decir, menos de la décima parte de lo que registra Corea al año.

En mi país se invierte 0.4% del producto interno bruto en ciencia y tecnología. Las naciones europeas han decidido terminar la década con una inversión no menor a 2%, que se deberá convertir en 3% al finalizar la próxima década.

¿Se puede fomentar la cultura? Por supuesto que sí. Ahora que vienen las fiestas del Bicentenario de la fundación de muchas de nuestras repúblicas, podríamos pensar en impulsar la cobertura de internet al máximo de la población posible. La red puede ser el instrumento que catapulte a nuestras sociedades a niveles de desarrollo y bienestar que, por desgracia, todavía no hemos alcanzado. Pero la red también puede ser un nuevo factor de división, de polarización, entre los niños o adultos que tienen acceso a ella y los que no lo tienen.

¿Se puede fomentar la cultura? Por supuesto que sí, pero admitiendo los condicionamientos del mercado. En México, la llamada época de oro del cine mexicano se dio cuando el apoyo estatal no existía. Grandes directores como Luis Buñuel, el Indio Fernández, o grandes camarógrafos como Gabriel Figueroa brillaron no sólo en mi país sino en el exterior, gracias a la calidad de sus productos. Su trabajo estaba expuesto al mundo y la calidad, en parte, fue producto de esa confrontación inevi-

table. No había invernaderos. Vino después una etapa de acendrado nacionalismo mexicano en la cual se inyectaron muchos recursos con resultados paupérrimos. No es sino hasta ahora que una nueva generación de directores como Reygadas, González Iñárritu, Guillermo del Toro, y otros más que han logrado notables éxitos de taquilla con cine de muy alta calidad. Quiero aclarar mi posición: no estoy en contra de los apoyos estatales a la producción artística; estoy en contra de que países pobres como los nuestros inviertan dineros públicos, que podrían ser utilizados para salud o educación, en el fomento de nidos conservacionistas que intentan ignorar el mercado.

Por supuesto que hay actividades que requieren el apoyo estatal, la música orquestal por ejemplo, la danza, la poesía siempre tan débil. Pero también es cierto que los productores de arte deben estar expuestos a la realidad cotidiana de los intereses del consumidor. Creo que hemos despreciado a la producción cultural como generadora de riqueza y por ende de empleos y bienestar. En México las industrias culturales aportan ya casi el 7% del producto interno bruto. La música en primer lugar, con más de 2%, la industria editorial y el cine empatados en segundo lugar con poco menos de 2%. En un mundo global y abierto, la actividad cultural debe insertarse exitosamente en los mercados y así tener recursos para invertir en áreas que difícilmente generarán ingresos.

Hay otros ejemplos. Las industrias culturales del Reino Unido aportan poco más de 8% de su PIB, Estados Unidos se acerca a 7%, igual que México. Argentina está en el mismo nivel del 6%, por arriba de España, que rebasa el 4%; Uruguay ronda el 3%, Colombia el 2%, Chile alrededor del 1.8% y Paraguay menos del 1%. ¿Tienen futuro nuestras culturas? Por supuesto que sí, en un mundo global, altamente urbanizado el tiempo de ocio se expande brindando al ser humano la oportunidad de recrearse en los tiempos crecientes que no necesita dedicar a actividades productivas. De ahí la importancia de generar instancias independientes de los gobiernos; instancias de Estado que tengan una visión de mediano y largo plazos para el fomento de la cultura. Lo que no podemos imaginar es que nuestros Estados, pobres todavía, tengan que invertir crecientes montos de recursos públicos en actividades que se dan el lujo de ignorar a los mercados.

Insisto en la independencia de los organismos encargados del fomento cultural porque algo que ha dañado mucho las políticas culturales de nuestros países han sido los vaivenes políticos. Un becario de artes plásticas o una bailarina en ciernes necesitan apoyos de mediano y largo plazos que no pueden estar atenuados a los guños, filias y fobias de los funcionarios.

Termino con un asunto delicado pero toral. En México tenemos muchas casas de la cultura. Se denomina así a espacios públicos dedicados a diversas actividades de tipo cultural. Los gobiernos locales y, por supuesto, el federal, se ufanan de estos sitios. Abundan las inauguraciones de espacios fastuosos que permanecen muchas veces vacíos y sin un uso claro. Tenemos casas de la cultura pero no tenemos cultura en las casas. Me refiero a que los hábitos de apreciación cultural se inician en el hogar, es ahí donde se puede fomentar la buena música, el aprecio por una buena voz, el respeto por la lectura y, por supuesto, por cualquier otra expresión artística. Las actividades culturales deben de ser fomentadas desde las escuelas en apoyo de los hogares.

Los alemanes, a los que no se les puede negar sus enormes aportaciones a la llamada música universal, tienen la tradición de inculcar en sus escuelas el aprecio por esta forma de expresión humana. Hay, así, la obligación de las escuelas de acercar a los niños a algún instrumento sea la flauta, acordeón, el piano. Pero quizá más importante es su tradición coral, no me refiero sólo a los grandes coros, sino a los pequeños coros en los cuales los niños aprenden a socializar su expresión artística. En alemán se cuenta con la expresión *musizieren*, esa reunión informal para producir música. Cuando uno es convocado a una sesión así se supone que debe aportar lo que sepa para dedicar a la música algún tiempo, la música como parte de la vida.

Sobra decir que son esos niños los que más adelante pagarán los boletos para llenar las salas orquestales o comprarán discos de versiones de su gusto. Algunos de ellos, los menos, formarán parte de una orquesta y los excepcionales se convertirán en grandes artistas. Son esos semilleros los que debemos cuidar y fomentar; son esos hábitos de cultura cotidiana, que nace en el hogar y en la escuela, los que nos garantizan el acceso a la cultura universal. De nada sirve regalar boletos para

conciertos o funciones si las personas que los reciben llegan por primera vez a escuchar a Wagner. Lo más probable es que se queden dormidos, lo cual resultaría normal. Muy distinta es la actitud de los niños que tienen acceso, que son expuestos a las expresiones culturales y que lentamente van haciendo suyos a los autores, artistas plásticos o piezas musicales que rondaron en sus vidas.

De ahí la importancia de que nuestros países cuenten con museos de cultura universal. En mi país carecemos de un museo al cual puedan acudir los estudiantes a admirar arte africano, egipcio, expresiones del Renacimiento, del mundo griego o un Matisse. Tenemos espléndidos museos que una vez más arrojan la mirada a nuestro pasado glorioso, a ese pasado que es materia, por desgracia, de uso común, entre los nacionalismos más baratos. Mientras nuestras culturas sigan mirándose al ombligo, mientras no accedamos a la comparación sistemática con la cultura universal, difícilmente lograremos esa sana confrontación de nuestras fuerzas y debilidades. La fortaleza de la cultura sólo surge en sociedades verdaderamente abiertas.

Ernesto Piedras, "Industrias culturales", *Este País. Tendencias y Opiniones*, sección Cultura, diciembre de 2005.

Ernesto Piedras, "Comercio internacional e industrias culturales", *idem*, Mayo de 2006.

Ernesto Piedras, "Para comparar estadísticas en la economía y la cultura", *idem*, noviembre de 2006.

Enrique Alduncin Abitia, "Lecturas de los niños de secundaria del Distrito Federal", *Este País*, núm. 197, agosto de 2007.

Ernesto Piedras, "Industrias culturales en México: la cadena productiva de la industria editorial", *Este País*, sección Cultura, noviembre de 2007.

Ernesto Piedras, *¿Cuánto vale la cultura?*, Sociedad de Autores y Compositores de Música, Sociedad General de Escritores de México, Conaculta, Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana, México, 2004.

Noé Jitrik, *Lectura y cultura*, Coordinación de Humanidades, Dirección General de Fomento Editorial, UNAM, Biblioteca del Editor, México, 1999.

Encuesta Nacional de Prácticas y Consumo Culturales, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2004.

La Universidad Autónoma de Tlaxcala entre las Mejores Universidades Públicas del País

Ingresa Doctorado en Derecho de la UAT al Programa Nacional de Posgrado de Calidad del CONACYT

La Universidad Autónoma de Tlaxcala avanza en su posicionamiento como una de las mejores instituciones de educación superior en el país, al lograr el reconocimiento de calidad en sus licenciaturas y en su oferta de posgrado. Cuenta con 70% de programas acreditados y es una de las primeras universidades en obtener la certificación ISO 9001-2000.

Como muestra, el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) emitió un dictamen favorable para que el programa de Doctorado en Derecho de la Universidad Autónoma de Tlaxcala, recibiendo sea incorporado al Programa Nacional de Posgrados de Calidad (PNPC).

Nuestro posgrado jurídico, fundado en 1982 ha desarrollado tres maestrías, la de Derecho Constitucional y Amparo, Derecho Penal y Derecho Fiscal. El 3 de agosto de 1995 se inició el Doctorado en Derecho, el primero en Tlaxcala, por iniciativa del Dr. Serafin Ortiz Ortiz.

De la planta docente integrada por 16 catedráticos, 8



de ellos pertenecen al Sistema Nacional de Investigadores (SNI) del CONACYT, tres de ellos formados en nuestro posgrado. La matrícula total de estudiantes asciende a 60 alumnos, de los cuales 29 han obtenido el grado de doctor, esto es, 49% de eficiencia terminal.

Líneas de investigación. Dentro del plan de estudios del doctorado se han desarrollado tres líneas de generación y aplicación de conocimiento en las siguientes ramas: Derecho Constitucional y Amparo, Derecho Fiscal y Derecho Penal.

Criterios de calidad. Los aspectos considerados para incluir al Doctorado en Derecho de la UAT en el Programa Nacional de Posgrado de Calidad fueron el núcleo académico, la alta tasa de graduación, infraestructura necesaria y alta productividad científica o tecnológica.